

Los afrodescendientes en la vida religiosa: una riqueza y elemento del renacer

*Cuando
la Vida
Religiosa
se abre a esta
perspectiva
y reconoce la
presencia
de los y las
afrodescendientes
entre sus
miembros,
por un lado,
está aportando a
la visibilización
de un pueblo
"pobre entre los
pobres",
marginado y
excluido.*

*E Emigdio
Cuesta Pino, svd*

"Los afrodescendientes somos pueblo, somos cultura, somos parte de esta sociedad. Históricamente excluidos, marginados, sin las mismas oportunidades que ha tenido el resto de la población. En nuestros países hemos tenido deberes, pero se han desconocido nuestros derechos, con justa razón se nos ha considerado: "pobres entre los pobres". Tanto la Iglesia como la Vida Religiosa, respondiendo a los parámetros sociales vigentes, ha reforzado, vivido y justificado todos estos prejuicios. Es hora de hacer justicia con nuestro pueblo, incluso, con actos públicos de reconocimiento, con medidas de discriminación positiva en favor nuestro. Una manera concreta es que la Vida Religiosa de América Latina y el Caribe, se abra a nuestra presencia y se deje enriquecer por nuestros valores, por nuestra espiritualidad, con nuestros cantos, ritmos y tambores, con nuestra forma particular de ver el mundo".

El último encuentro de religiosos y religiosas afrodescendientes que tuvo lugar en Lima, Perú, aportó mucha claridad al proyecto Afro-Ciar, llegando a las siguientes conclusiones:

1. No existe una "vida Religiosa Afroamericana. Existen religiosos y religiosas afrodescendientes dentro de la Vida Religiosa de América Latina y el Caribe.
2. Se constató, además, que la presencia de los afrodescendientes en la Vida Religiosa está en aumento, se nota que ya no es un espacio más, donde estamos invisibilizados, estamos presentes con nuestros valores, con nuestra

riqueza cultural y espiritual, esto enriquece a toda la Vida Religiosa Latinoamericana y Caribeña.

Al descubrir, la no existencia de una vida religiosa propiamente afroamericana, se plantea un desafío de identidad y la necesidad de responder las preguntas: ¿Quiénes somos? ¿Cuál es nuestro aporte como afrodescendientes a la Vida Religiosa Latinoamericana y Caribeña?, ¿Qué es lo que nos hace culturalmente distintos? ¿Cómo dialoga nuestra espiritualidad e identidad cultural con los Institutos y Congregaciones religiosas? ¿Qué significa para nosotros y nosotras afrodescendientes el renacer de la Vida Religiosa?.

En primer lugar, los y las afrodescendientes en la Vida Religiosa, son hombres y mujeres que reconocen sus raíces africanas como un constitutivo de su identidad, su espiritualidad y su cultura. Estas personas se sienten profundamente marcadas por las relaciones sociohistóricas que se han ido tejiendo en América Latina y el Caribe, en donde se reconoce la triple etnicidad. En algunas personas predomina lo africano haciendo su identidad "afrodescendiente", en otros lo indígena, en ellos y ellas los "indoamericanos" y en los otros predomina lo europeo ellos y ellas son mestizos aún cuando prefieren mal llamarse "blancos"¹.

Cuando la Vida Religiosa se abre a esta perspectiva y reconoce la presencia de los y las afrodescendientes entre sus miembros, por un lado, está aportando a la visibilización de un pueblo "pobre entre los pobres", marginado y excluido. De otro lado, está afirmando una manera diferente de vivir los valores religiosos dentro de los Institutos y Congregaciones religiosas.

Tanto la Iglesia como la Vida Religiosa admiten que se mueven en contextos sociales pluriétnicos y multiculturales, esto les exige crear nuevos métodos, nuevos contenidos, nuevas interpretaciones de nuestras acciones pastorales y de toda la empresa de la evangelización, de tal modo que respondan a la interculturalidad que ya se refleja en las nuevas constituciones de los países americanos y caribeños.

Lo "afro", es uno de los componentes de las sociedades modernas, de allí que no puede ser sólo un asunto de los visiblemente considerados "afrodescendientes negros". Es un imperativo para aquellos y aquellas que creen en la pluriethnicidad, la multiculturalidad y las relaciones interculturales como un reconocimiento a lo diferente, contra el monoculturalismo establecido, que ha condicionado durante mucho tiempo nuestras relaciones, consciente o inconscientemente.

No desconocemos la existencia de otros grupos étnicos en el continente y todas las mezclas posibles que ello ha ido generando, profundizando la crisis de identidad que hoy padece el pueblo latinoamericano y caribeño donde "somos por conveniencia", es decir, no se es por cultura, tradición, territorio etc., sino porque llamándose tal o cual puedo tener los privilegios de la clase dominante. Por ejemplo yo soy nada si me reconozco indígena, sambo, negro o mestizo y, soy mucho si me reconozco "blanco". Esta es nuestra esquizofrenia social y el origen de muchos de nuestros problemas, donde asumimos comportamientos, identidades y mentalidades que no somos.

Es necesario forjar una Vida Religiosa donde quepamos todos y todas en igualdad de condiciones. Donde estén presentes la inclusión, la alteridad, la participación, la visibilización, entre otros que son los nuevos conceptos que rigen hoy la conciencia social. La Vida Religiosa no puede estar ajena a estos procesos que se están dando en la sociedad civil, por eso vislumbra la presencia de los y las afrodescendientes y la presencia de los y las indígenas como un riqueza, como una actualización de su existencia como Vida Religiosa en un mundo post-moderno y globalizado.

Nuestra presencia como religiosos y religiosas afrodescendientes dentro de las Congregaciones y dentro la Iglesia actualiza los carismas y ayuda a comprender la unidad en la diversidad que se ha proclamado desde los albores del Vaticano II y que se ratifica en los distintos documentos oficiales de la Iglesia Latinoamericana y Caribeña. La Iglesia no puede seguir excluyendo o negándose a acoger el aporte de los afrodescendientes, indígenas y demás grupos diversos y particulares, si quiere ser una institución abierta a los nuevos desafíos sociales. Es nuestra participación y nuestra visibilización la que facultan a la Iglesia y la Vida Religiosa para poder hablar de respeto al otro, de amor por lo diferente, de la capacidad y la posibilidad de construir con el aporte

de todos y todas un mundo más humano, más hermano, más fraterno y solidario que es la propuesta de Jesús en quien se inspira todo nuestro quehacer pastoral y el contenido de la evangelización.

Reconocer, valorar y aceptar a los y las afrodescendientes y a los hermanos y hermanas indígenas con su identidad cultural como riqueza dentro la Iglesia y en las congregaciones es un gran desafío. Sin lugar a dudas, no estamos pidiendo una Vida Religiosa con una nueva esencia, ni con una nueva propuesta de Reino, si no una Vida Religiosa diferente por su capacidad de construir con otros y otras, por su empeño en la reflexión plural y en su capacidad de dejarse aportar nuevos valores desde las culturas desde los pueblos y desde las situaciones concretas. Esta nueva vida religiosa es capaz de reconocer el aporte de otros y otras diferentes que hasta el siglo pasado han estado solo como espectadores o habían tenido que negarse a sí mismos para ser religiosos o religiosas². Hoy queremos aportar, ser visibilizados y formar parte de la construcción de esta nueva manera de ver la Vida Religiosa que acepta, dialoga y respeta nuestros valores culturales como una de las manifestaciones de Dios.

Esta Vida Religiosa abre sus puertas, no sólo a aquellos y aquellas que son capaces de pasar por las Congregaciones

Nos referimos a todos aquellos hombres y mujeres afrodescendientes e indígenas que a pesar de tener todo en contra, ser discriminados y en muchas casos rechazados por su procedencia o su color, han sido capaces de hacer camino, de sacrificarse para que hoy podamos estar hablando claramente de la presencia de los religiosos y las religiosas afro dentro de las Congregaciones e Institutos religiosos. Estos hermanos y hermanas nuestras han conquistado con su entrega y su dedicación diaria un espacio para nosotros y nosotras los que ahora vemos una pequeña luz, un espacio y posibilidades de enriquecer la Vida Religiosa de América Latina y el Caribe.

sin tocar las estructuras, sino a todo hombre y a toda mujer, que se sienta llamado(a) por el Señor para hacer de la Iglesia una casa de todos y de todas. Una Vida Religiosa así concebida, ayuda a quienes han estado fuera a acercarse, a tocar las puertas y entrar por que esta nueva manera de entender la Vida Religiosa incluye, representa todos los rostros,

acoge a todas las culturas, es de todos y de todas, nadie allí se siente excluido, todos los aportes son válidos en términos de construcción del reino, de la nueva humanidad y de la interculturalidad.

Qué bueno es comenzar a darnos cuenta, que "algo nuevo está naciendo, una Vida Religiosa mística y profética".